# CAPÍTULO XIII.

Garibaldi vuelve á defender á Roma.—Espedicion contra el ejército napolitano.

El Rey de Nápoles habia alcanzado la victória en su lucha contra la libertad, en Sicilia y en Calabria, y embriagado sin duda con el triunfo, quiso hacer lo que no pudieron los franceses, es decir, apoderarse de Roma. El monarca marchó contra la ciudad á la cabeza de 20,000 hombres con treinta y cinco cañones; Velletri, Albano y Frascate, se habian rendido ya, y la vanguardia del invasor se hallaba á pocas leguas de Roma, sobre la orilla izquierda del Tiber, cuando Garibaldi obtuvo permiso para medir sus armas con el enemigo, si bien no se pusieron á su disposicion las fuerzas necesarias. Su legion constaba de 2500 hombres, y con ellos podia ir donde quisiera, mas no debia contar con otras tropas. Garibaldi, no obstante, revistó á sus voluntarios en la Plaza del Pueblo, y al presentarse, escitó, como siempre, el mayor entusiasmo. Véase lo que dice sobre esto Gustavo Hoffstiller en su *Sitio de Roma*.

«A las seis en punto, apareció Garibaldi con su estado mayor, y fué saludado con entusiastas aclamaciones; yo le ví entonces por primera vez y puedo hacer exactamente su retrato. Es hombre de mediana es-



tatura; su rostro está curtido por el sol, si bien son sus facciones muy marcadas, y se mantenia tan firme en la silla como si hubiera nacido sobre ella. Bajo su sombrero de anchas álas, ornado con una pluma de avestruz, flotaba una abundante cabellera; su barba, larga y poblada, le daba cierto aspecto marcial, y por último, sobre su camiseta roja, llevaba un poncho blanco americano con listas tambien rojas. Su estado mayor vestia blusa encarnada, color adoptado luego para toda la legion italiana.

«Detras de Garibaldi galopaba su ordenanza, un vigoroso negro que le habia seguido desde América, el cual cubria su trage con un gracioso jaique, y llevaba una lanza con banderola roja. Todos los que habian venido con el héroe desde el Nuevo Mundo, llevaban en el cinto pistolas y puñales de riquísima empuñadura, y en la mano, látigos de búfalo.»

Emele Dandolo hace la siguiente descripcion: «Seguidos de sus ordenanzas, todos los oficiales que vinieron de América, iban detrás de su jefe, galopando en desórden, corriendo aquí y allá, siempre infatigables, siempre atentos á todo, y cuando las tropas acampan, cada uno de ellos se cuida de buscar lo necesario para su caballo, como lo hace el mismo general. Si no hay provisiones á mano, tres ó cuatro coroneles saltan sobre sus monturas, provistos de lazos; van á recorrer el campo, cogen las reses que necesitan y las distribuyen entre las compañias, hecho lo cual, oficiales y soldados comienzan á descuartizarlas y á preparar la comida.

«Si el peligro está distante, Garibaldi descansa, recostado en su tienda, y si por el contrario es inminente, no se apea de su caballo, y recorre los puestos avanzados, aventurandose en las mas atrevidas esploraciones. A veces se le ve sentado en alguna eminencia que domina los alrededores, donde pasa horas enteras, escudriñando con su anteojo los últimos límites del horizonte. Cuando da la señal de marcha el clarin de Garibaldi, los ginetes van á recoger sus caballos, que pastan en las praderas, y todas las tropas se ponen en movimiento sin saber á qué punto se dirigen.

«La legion de Garibaldi es lo mas hetereogénea que imaginarse pueda, pues se compone de hombres de todas clases y edades; de jó-

venes de doce á catorce años, atraidos por su espíritu de independencia ó por un noble entusiasmo; de veteranos acostumbrados á pasar su vida en los campamentos, y en fin, de voluntarios que buscan en la confusion de la guerra la licencia y la impunidad.

«Los oficiales son elegidos entre los mas bravos, y obtienen los grados sin regla fija y sin atender á la categoria de cada cual. La paga no falta, pues se abona con el papel de los Triunviros, que no cuesta mas que imprimirlo. Proporcionalmente, el número de oficiales es mayor que el de soldados; el inspector de bagajes es capitan; el cocinero del general, teniente, y el estado mayor se compone de Mayores y coroneles.

«Por su patriarcal sencillez, que pudiera parecer exagerada, Garibaldi parece mas bien un jefe de una tribu de indios que un general, pero cuando el peligro se acerca, es admirable por su valor y seguro golpe de vista, y lo que puede faltarle en conocimientos estratégicos, lo suple con una asombrosa actividad.»

Las tropas se pusieron en marcha por la noche, y á fin de desconcertar á los espias napolitanos, que abundaban en Roma, aparentóse que se proyectaba una espedicion contra los franceses. Siguiendo un largo rodeo, hallábanse á las ocho de la mañana á una legua de Tivoli, y despues de haber descansado todo el dia, dirigiéronse por la noche á la villa Adriana, situada al pié de la montaña. Los estensos subterráneos que hay en este último punto eran muy apropósito, no solo para acuartelarse, sino tambien para la defensa, y un cuerpo de tropas como el que mandaba Garibaldi, podia hacer allí frente á todo el ejército napolitano, con tal que tuviera suficiente artillería. Sin embargo, no era la intencion de Garibaldi ocupar mucho tiempo aquella posicion, pues el dia 6 continuó su marcha hácia Palestrina, y despues de una penosa jornada durante la cual animó con sus palabras y su ejemplo á la cansada tropa, ganó la cima de una montaña, disponiendo luego que saliesen algunas partidas á reconocer las cercanias. Una de estas penetró en un pueblecillo donde se hallaba un destacamento de napolitanos, y despues de un breve combate le desalojó é hizo algunos prisioneros.

El dia 9 de Mayo llegó la noticia de que el ejército napolitano se



acercaba á Palestrina, y á las pocas horas se confirmó aquella, pues desde las alturas del Monte San Pedro, vióse avanzar á las primeras tropas por los dos caminos que conducen á la puerta Del Lole. Aquellas fuerzas constaban de dos regimientos de guardias de á pié y una division de caballeria.

El general destacó cuatro compañias de infanteria ligéra para ocupar una elevada posicion que dominaba las cercanias, y Manara, el gefe Lombardo, se situó en un punto desde el cual podia verlo todo y hacer las señales necesarias.

No pasó mucho tiempo sin que los *bersaglieri* de Roma rompiesen el fuego contra la vanguardia de los napolitanos: estos tenian órden de desplegarse en ala y empeñar una escaramuza, pero eran tan cobardes que rehusaron obedecer, pues acababan de saber que Garibaldi se hallaba al frente, y este nombre solo bastaba para inspirarles temor.

La primera avanzada de Garibaldi cayó sobre el flanco izquierdo del enemigo, que se desbarató al momento, pues los soldados emprendieron la fuga vergonzosamente, y entonces adelantó á su vez el ala derecha de los romanos é hizo una terrible descarga, atacando despues á la bayoneta á la aterrada infanteria, que se dispersó en todas direcciones. Aquel era el momento propicio para que acometiera la caballeria napolitana, y en efecto, asi lo hizo, resuelta y valerosamente, mas no pudo romper los cuadros, y al intentarlo, muchos soldados cayeron sobre las bayonetas de sus enemigos.

Garibaldi, que vigilaba atentamente, envió á Manara un batallon de infanteria, previniendole que atacase de nuevo y aquella segunda carga fue decisiva, pues toda la linea del enemigo se desbarató y los soldados huyeron á la desbandada, dejando en el campo muchos muertos y heridos, asi como tambien tres piezas de artilleria. Si el Gobierno romano hubiera puesto á disposicion de Garibaldi una parte de la caballeria que permaneció ociosa en la ciudad, la division napolitana habria quedado destrozada completamente. Garibaldi pensó que aquella precipitada fuga tendria acaso por objeto ocultar una emboscada, y en su consecuencia llamó á las tropas, que perseguian al enemigo con el mayor encarnizamiento.

Tal era la precipitacion con que huian los napolitanos, que se hicieron muy pocos prisioneros, la mayor parte de ellos heridos. He aqui lo que dice Emele Dandolo de aquel encuentro:

«Unos veinte prisioneros, casi todos de la reserva, y á quienes se obligaba á defender una causa que no era la suya, fueron conducidos inmediatamente á presencia de Garibaldi. Temblaban como azogados y pedian que se les perdonára la vida; casi todos ellos eran jóvenes de airosa presencia, bien vestidos, pero detestablemente armados; llevaban los morrales, y hasta los bolsillos, llenos de imágenes de santos, de reliquias y amuletos, y dijeron que el rey estaba en Albano con dos regimientos de suizos, tres de caballeria y cuatro baterias, cuyas tropas esperaban á las que debian llegar de Nápoles. Estas fuerzas, al mando del general Zucchi, habian venido para ocupar á Palestrina y apoderarse de Garibaldi, que inspiraba á todos un temor supersticioso.»

El general estableció algunos puestos avanzados, destacó patrullas que penetraron dentro de las líneas enemigas, y empleó todo un dia en ejercitar á su legion en el manejo de las armas, pues la mayor parte de los que la componian, eran reclutas voluntarios.

Las tropas recibieron órden de acuartelarse en un convento, y habiendose opuesto los frailes, recurrióse á la fuerza y huyeron estos, pero es de advertir que antes de apelar á tal estremo no se omitió ningun medio conciliatorio. Los zapadores rompieron las puertas, y las tropas, que por espacio de una hora habian estado sufriendo la lluvia, que caia á torrentes, se precipitaron en el edificio, donde se utilizaron de los víveres abandonados por los monges en su precipitada fuga. Emele Dandolo, que presenció el hecho, refiere los pormenores en estos términos:

«En menos de media hora, quedó transtornado todo el convento; apenas hubo tiempo para poner centinelas en la capilla, en la bodega y en la biblioteca; pero los buenos hermanos no habian dejado sino lo que no pudieron llevarse cómodamente. Algunos campesinos, que fueron los que escitaron á los soldados á ocupar el edificio, se aprovecharon del desórden y la confusion para llevarse diversos objetos.

«Muchos de nuestros hombres, no muy religiosos por cierto, saquearon el convento, celebrando tener aquella ocasion para hacer



daño á los monges. Un soldado salió de un sótano, llevando en la cabeza un ancho sombrero dominicano; otro apareció con una sobrepelliz que le cubria el uniforme, y cuando se tocó á llamada, todos se presentaron con un enorme cirio en la mano. Durante la noche, estuvo el convento iluminado brillantemente en celebracion de la victoria alcanzada sobre los napolitanos. La correspondencia de los pobres monges no fué respetada tampoco y los soldados leyeron en alta voz mas de una carta cuyo contenido debia haber ruborizado á los castos fundadores de la Orden.

«El dia 10 de Mayo nos detuvimos en Palestrina y acampamos en las praderas, pero los napolitanos, que al parecer no deseaban atacarnos, ocuparon las colinas de Albano y Frascati, acercandose cada vez mas á Roma. Garibaldi, que temia un ataque combinado de los napolitanos y los franceses, se dirigió tambien hácia la ciudad.»

Despues de una larga y penosa marcha, Garibaldi llegó á Roma, mas apenas habian descansado sus tropas un poco, cuando circuló el rumor de que los franceses atacaban á Monte Mario. El general despertó al momento á sus bravos, y saliendo por la puerta Angélica, encontró algunos puestos avanzados del enemigo, de los cuales pudo apoderarse no sin cambiar algunos tiros. Los legionarios, rendidos de fatiga, hubieron de dormir aquella noche sobre la dura tierra y con el arma al brazo.

Los franceses no dieron por entonces mas que hacer, pero como el ejército napolitano se iba acercando cada vez mas, el Gobierno resolvió atacarle con una fuerza de 10.000 hombres; ofreciose á Garibaldi el grado de General de Division, y se confirió al coronel Roselli el mando en gefe, quedando por lo tanto como subalterno aquel cuyo talento y heroismo habian salvado la ciudad. ¡Qué mucho que Roma cayera, cuando sus ciudadanos conferian la primera autoridad á un hombre capaz de observar semejante conducta! Garibaldi conoció de donde venia el tiro, pero limitóse á decir que serviria aunque fuese como soldado. El hecho de no reconocer la superioridad de semejante hombre, hiriendo su amor propio en unos momentos tan críticos, revelaba por sí solo la incapacidad de los gobernantes de Roma.

Cuando la espedicion llegó á Zagarole, las tropas estaban muy cansadas y no habia suficientes víveres, pues el general en jefe no se tomó la molestia de atender á esto, pero merced á las acertadas disposiciones de Garibaldi, no carecieron de nada sus soldados.

Los napolitanos, con su rey á la cabeza, auxiliados por los mercenarios suizos, ocuparon á Velletri, Albano y Frascati, así como tambien á Palestrina, evacuada poco antes, y su vanguardia avanzó hasta Fratvecchia. Esto dificultaba la marcha de los espedicionarios, pues así, quedaba interceptado el único camino que conduce á Roma, y además, el enemigo habia elegido una magnífica posicion; tenia su ala derecha protegida por los Apeninos, la izquierda por el mar, y en toda la línea, habia muchos puntos fortificados.

Garibaldi, no obstante, siguió avanzando á la cabeza de su vanguardia con esa circunspeccion que siempre le caracterizaba en todas sus empresas militares.

El general conceptuó que Monte Fortino era el mejor punto estratégico para el ataque, pues además de las muchas ventajas que ofrecia á los romanos, era fácil, desde allí, cortar las comunicaciones con Nápoles, y por lo tanto resolvió ocuparlo, tanto mas cuanto que el enemigo habia tenido la debilidad de abandonar dicha posicion, asi como tambien á Palestrina, dejando así el paso libre.

Los destacamentos napolitanos se iban concentrando en Velletri, y en su consecuencia resolvió Garibaldi atacar esta ciudad con 1900 hombres, entre caballeria é infanteria, mas no era su intencion destruirla, sino inducir al enemigo á que le persiguiese para que el otro cuerpo de ejército pudiese caer sobre él de improviso.

El plan dió bien pronto sus resultados: las primeras tropas que salieron de la plaza, se limitaron á escaramucear, pero reforzadas luego con numerosa caballeria é infanteria, atacaron resueltamente la posicion de Garibaldi, cuyos soldados rechazaron vigorosamente al enemigo.

Sin embargo, en aquel momento salieron quinientos ginetes mas de la ciudad: Garibaldi no tenia entonces sino sesenta guerrilleros para cerrarles el paso, pero no era posible oponer resistencia y asi es, que los napolitanos arrollaron á sus enemigos. El general fué



lanzado á diez pasos de distancia, mas se puso en pié inmediatamente, saltó sobre su caballo, que tambien habia caido, reunió á sus hombres, los cuales creian muerto á su gefe, y poniendo su sombrero en la punta de la espada á fin de que le reconocieran, lanzóse de nuevo á la pelea, saludado por las frenéticas aclamaciones de entusiasmo de sus tropas. Empero, el número de enemigos aumentaba por momentos; al fin atacaron la segunda línea de reserva de Garibaldi, mas esta se componia de escelentes tropas aguerridas, las cuales rompieron un fuego tan horroroso, que los napolitanos se detuvieron indecisos. El general envió entonces un parte al gefe elegido por el *sapientísimo* Gobierno de Roma, pidiendo un refuerzo, pero se le contestó, que *no era posible enviar tropas* porque *no habian comido aun el rancho*! Garibaldi resolvió continuar la lucha sin el auxilio que necesitaba. Afortunadamente, el intrépido Manara fué á pedir permiso al general en gefe para ir en socorro de Garibaldi, y aunque se concedió la gracia, no fué hasta despues de haberse perdido una hora inútilmente; los hombres de Manara no necesitaban comer el rancho, y por lo tanto no quedaba un pretesto para dejar perecer á Garibaldi y su legion. El general en gefe era un traidor ó un imbécil.

Aun cuando no tenia á su disposicion sino mil nuevecientos hombres, Garibaldi resolvió cargar sobre toda la línea del enemigo, despues de haber colocado sus cañones convenientemente, y cuando daba sus últimas órdenes, llegó en su auxilio Manara, sin lo cual era probable que todo se hubiese perdido. Aquel oportuno refuerzo en tan críticos instantes, salvaba á los romanos, y agradecido Garibaldi, decia luego al referir los pormenores de la batalla: «Los bravos jóvenes llegaron á paso redoblado, sufriendo el fuego de la artilleria enemiga, y cuando estuvieron junto á la retaguardia, entreabrióse esta para dejarlos pasar; acto contínuo, desfilaron á toque de trompeta ante las entusiasmadas tropas, y al ver aquellos jóvenes de estatura baja, morenos y vigorosos, al contemplar su marcial continente y la gracia con que llevaban sus sombreros ornados de negras plumas, todos prorrumpieron en el grito de: *¡Vivan los bersaglieri!* al que contestaron ellos con el de: *¡Viva Garibaldi!*

El enemigo retrocedió entonces, batiendose en retirada, hasta hallarse protegido por el fuego de sus cañones.

En su informe sobre aquella sangrienta refriega, hacia mencion el general de una circunstancia notable, en los siguientes términos:

«Tan pronto como llegó Manara al lugar del combate, preguntó por mí, y habiendome reconocido por el poncho blanco, galopó hácia el sitio donde me hallaba, pero en el camino le detuvo un incidente que refiero aquí porque representa muy bien el carácter de nuestros hombres. Al pasar por delante de la música, que tocaba una bonita marcha, no pudiendo algunos soldados resistir á su influencia, comenzaron á bailar sin hacer aprecio de la metralla y de las balas que silvaban á su alrededor, y en el momento en que Manara se paraba á mirarlos, riendose á carcajadas, una bala de cañon se llevó á una docena de bailarines, pero este incidente no produjo mas que una breve pausa, pues el gefe gritó: «adelante la música», y continuó el baile con mas animacion que ántes.»

Garibaldi despachó acto contínuo un mensagero para decir al general en jefe que con nueve mil hombres se podria intentar el asalto de la plaza, mas no recibió contestacion alguna; los cazadores de Manara sostuvieron entre tanto un nutrido fuego contra los artilleros de la ciudad.

El general en jefe tuvo á bien, por fin, presentarse en el campo de batalla, mas ya era demasiado tarde, pues no solo habia conseguido el enemigo rehacerse, sino que acababa de reforzarse de tal modo, que habria sido una imprudencia atacarle.

El rey se retiró poco despues de la ciudad á la cabeza de seis mil hombres, y al saberlo Garibaldi, propuso al general en jefe un plan para atacar á los napolitanos cuando evacuaran la plaza, plan que en su concepto, daria el mejor resultado, pero el jefe creyó que la empresa era demasiado arriesgada, ó no quiso acometerla por ser la idea de Garibaldi.

El enemigo evacuó, en efecto, la plaza, y esto con tal precipitacion, que se dejó atrás muchos heridos y algunas tropas, las cuales quedaron prisioneras.

Garibaldi salió en persecucion de los napolitanos, pero recibió á poco órden de volver, y una parte del ejército regresó á Roma.

Durante la lucha, Garibaldi fué herido ligeramente dos veces, una en la mano y la segunda en el pié.



El valeroso sacerdote, Hugo Bassi, galopaba siempre detrás del general, sin armas, pero haciendo las veces de ayudante de campo. En lo mas recio de la refriega, rogó á Garibaldi que le enviase á los sitios de mas peligro, pero que no espusiera de tal modo su vida, porque el pais le necesitaba.

El dia 24 de Mayo volvió á entrar en Roma Garibaldi, saludado por las aclamaciones del pueblo.

A los pocos dias se supo que los austriacos trataban de apoderarse de Ancona, y con este motivo se destacaron cuatro mil romanos para atender á la defensa, disponiéndose luego que se organizára una segunda division, pero antes de que se hiciera esto, ocurrieron los importantes sucesos de que hablaremos en el capítulo siguiente.